

«ALTO TAJO» APROXIMACIÓN GEOGRÁFICA



Peña de las Abejas, Buenafuente del Sistol.

PAISAJE INÉDITO

Es frecuente encontrar reportajes de diferentes zonas de la península Ibérica, especialmente de los lugares más cercanos a las grandes ciudades que pueden tener atractivos turísticos por su riqueza monumental, paisaje, costumbrismo, tradiciones y fiestas, productos alimenticios, resonancias históricas ...

Cada vez se acredita más el turismo interior, por el valor que guarda el mundo rural y las tierras en las que han transcurre gestas que han dado forma y carácter a los pueblos y tierras de España. Castillos medievales, torres fortaleza, asentamientos monásticos, casas señoriales o de labranza, molinos y chozones, ermitas y templos parroquiales, pajares y casillos,

son testigos de la vida de hombres y mujeres recios, que han hecho, por su tesón y trabajo, habitables los rincones más escondidos, las laderas orientadas al levante, los valles fértiles, las alturas defendidas, hasta las áridas estepas.

Tenemos la invitación de acompañar la visita por las tierras roqueñas que atraviesa el meandro del río Tajo, desde su cabecera, a través del Señorío de Molina de Aragón, en las que se descubre uno de los paisajes

más fascinantes de la Provincia de Guadalajara, declarado «Parque natural», y desconocido para muchos, quizá por las dificultades viarias y la lejanía de los núcleos de población. El paraje da motivos para la conservación de la naturaleza; sin embargo, quienes habitan permanentemente estas estribaciones resuelven con dificultad sus necesidades de abastecimiento y servicios. El respeto que merece la naturaleza deberá ser compatible con la estancia humana de los que aquí viven, que son los defensores más inmediatos y mejores de la ecología, según se ha demostrado a través de los siglos.

El escritor José Luis San Pedro, en su novela «El río que nos lleva», en la que describe la bajada de la madera por el cauce del Tajo, por los años cuarenta del pasado siglo, ha inmortalizado el nombre

de esta arteria viva, de agua color esmeralda, en el tramo que discurre entre Perales de las Truchas y Aranjuez.

El paisaje cárdeno, verde y gris de esta tierra molinesa, de cerca de cuatro mil kilómetros cuadrados, un tercio de la Provincia, se podría describir por las cuencas de los ríos que la atraviesan. El Mesa discurre por la zona más cálida del Señorío, donde florecen los cerezos; sus aguas desembocan en la vertiente mediterránea, mientras que las de los ríos Cabrillas, Gallo, Arandilla, y Ablanquejo, pequeños afluentes del Tajo, vierten hacia el Atlántico entre vegetación de hoja perenne, que da, junto con el reflejo del cielo y de la fronda, el color malaquita a sus aguas.

Es muy diferente adentrarse por las veredas, caminos forestales, senderos de tierra, que hacerlo por las rutas asfaltadas y carreteras, aunque sean más o menos estrechas. Y es muy diferente hacerlo en las distintas estaciones del año. Lo normal es visitar esta zona en verano. Son muchos los que escogen estos parajes para acampadas, senderismo o piragüismo. Si se tiene la posibilidad de hacerlo en el otoño, antes de la caída de la hoja, disfrutará de la variedad cromática. Quien

tenga el atrevimiento de asomarse en invierno, especialmente en días de nieve, se llevará en sus ojos estampas increíbles, que al narrarlas puede que los oyentes no den crédito a que tales escenarios se encuentran en las anónimas tierras altas y frías del Alto Tajo, de una limpieza atmosférica increíble, sobre todo al contemplar el cielo raso en las noches de agosto, o en la travesía del invierno, cuando se puede llegar a 25 grados bajo cero y a divisar el horizonte lejano del Pico Ocejón, con 1.300 metros de altitud.

Para visitar y contemplar las tierras solitarias que vierten sus aguas al padre de los ríos de España, se puede acceder por diversas entradas. Cabe subir hasta Perales de las Truchas y descender después por Taravilla, Poveda, Peñalén, y Zaorejas, los municipios más altos, recorriendo el camino forestal paralelo al cauce del río en un gran tramo. Cerca ya del encuentro con el río Gallo, sorprende el puente de herradura, hecho únicamente para atravesar el río a pie o en caballería hacia Escalera. Siguiendo aguas abajo, se atraviesan montes con densa vegetación. La laguna de Taravilla, la Fuente de la Parra, la Falaguera, las cascadas naturales de Campillo, según haya sido el tiempo de lluvias, dan siempre alivio al caminante.

Entrando, desde Molina de Aragón, dentro de todo el recorrido, hay algunas recomendaciones especiales. Por ejemplo, la visita a la ciudad de Molina de Aragón, coronada por el Castillo medieval de sus Señores, en la que aún resuenan los nombres árabes de adarves y alcazabas. Destaca el puente romano, junto al Giraldo, las juderías, e iglesias de San Gil, San Felipe, Santa Clara, con portada y ábside románicos, y las desacralizadas de San Francisco y la de Santa María del Conde.

Por la carretera de Ventosa o la de Corduente, no se debe perder la ocasión de introducirse en el Barranco de la Hoz, y sentir el sobrecogimiento dentro de la ermita de la Patrona del Señorío. El arrastre de las tierras durante siglos ha ido dejando monolitos rocosos, de altura sorprendente y formas antropomorfas. La piedra arenisca, erosionada por el viento y el agua durante miles de años, permanece



Río Tajo, a su paso por «La Granja», Buenafuente.



Crucero nevado, Buenafuente

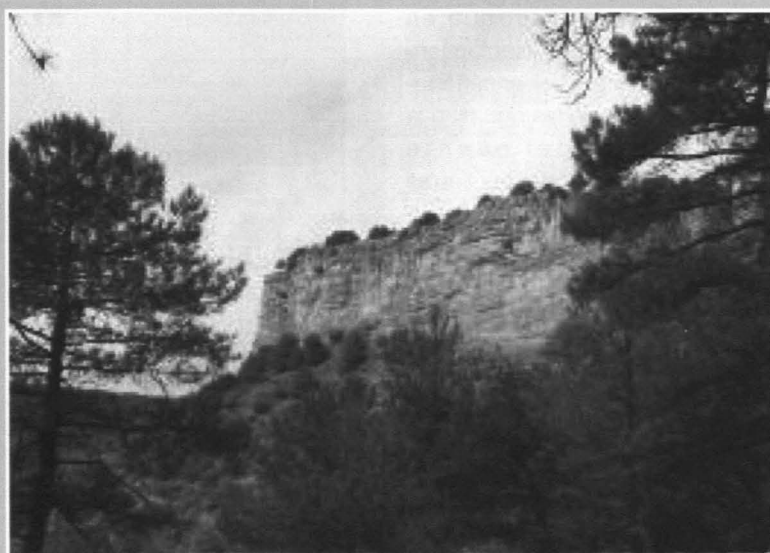
ce aguerriada, formando paredes y cañones de impresionante espectáculo. Este barranco y otro enclave mucho más angosto, desconocido y sobrecogedor, donde también se venera en otra ermita a la Virgen de Montesinos, guardan las antiguas veredas monásticas del Cister, que discurren por los cauces de los ríos Arandilla y Gallo; allí vivieron por algún tiempo los monjes de San Bernardo. Siguiendo el cauce del río Gallo, se llega a la confluencia con el Tajo, al Puente San Pedro.

Otro acceso es desde Alcolea del Pinar, por la carretera CM 2113, travesía que tiene el atractivo, en La Riba de Salices, de la Cueva de los Casares, asentamiento prehistórico del período

auriñaciense; subiendo, se ve la silueta de la espadaña de la iglesia parroquial de Huertahernado, que como vigía se asoma hacia el Sarguillo y el Monasterio de Buenafuente del Sistol, fundado en 1177. La bajada se hace por Villar de Cobeta hasta el Puente San Pedro, con la visión de los meandros más espectaculares, a vista de águila real. En este punto, la cima del Castillo de Alpetea vigila señorialmente toda la depresión del meandro. Otros accesos, a niveles más bajos, pueden hacerse por Trillo, llamado «puerta del Alto Tajo», o por Cifuentes, Ocentejo y Valtablao.

Si en el otro extremo de la Provincia se ha hecho famoso el hayedo de la Tejera Negra, en las estribaciones de la Sierra de Albarracín los pinares dejan un amplio espacio a la sabina, árbol de hoja perenne, que repuebla los zonas frías y esteparias de los municipios de Olmeda de Cobeta, de Huertahernando, y los montes de Aragoncillo, planta protegida, olorosa, cuya madera, al ser resistente al agua, a las nieves y al viento, ha sido utilizada en otros tiempos para dinteles de puertas, y sus ramajes han servido para cubrir los techados de los chozones de carboneros y apriscos o parideras para el ganado.

Un itinerario practicado por los senderistas es el de la GR 10, que sigue práctica-





Espadaña de Huerterando

mente por las márgenes del río Tajo, desde Peralejos de las Truchas, salvo en la angostura de las hoces más profundas, que dan buena razón de nombre del río, como son la Rinconada, después de paso por el Puente de San Pedro, en Villar de Cobeta, el llamado Castillo de Buenafuente, que en tiempos fue asentamiento celta, y el encañonamiento de las aguas, a la altura del puente Tagüenza, por las tierras de Huertapelayo. Pasado el Hundido de Armallones y las juntas del Tajo con el río Salado, se abre algo más el cauce y permite disfrutar de sus veredas por los términos de Ocentejo y Valtablao del Río, Morillejo, hasta llegar a Trillo. Un poco antes se deja a la margen derecha la espada-

ña del que fue monasterio cisterciense de gran renombre, Santa María de Óvila, cuyo claustro románico fue deportado a los Estados Unidos.

CON LOS CINCO SENTIDOS

Una clave para regocijarse con el ofrecimiento gratuito que hacen el paisaje y la naturaleza de estos pagos, es abrir los cinco sentidos y de manera consciente dejarse inundar por las distintas percepciones sensoriales que emiten las extensas latitudes silenciosas del Alto Tajo.

Una de las primeras sensaciones, que arranca exclamaciones a los visitantes, es el silencio que penetra y hasta hiere a los que están acostumbrados a vivir en la ciudad. Según los parajes, estremece la sensación de vacío, de profundidad que abisma, y en las gargantas y desfiladeros si se alza la voz, el eco retumba agigantado. Pero si se permanece en silencio, al tiempo de avanzar a pie, es posible oír en el otoño, al caer la noche, la berrea de los ciervos, en primavera el canto del ruiseñor, en lo recio del estío, en tierras sembradas, el de la perdiz, y en los rastrojos, el de la huidiza codorniz. Si se recorre el encinar, la cigarra en pleno día, y los gri-



Camino GR 10



Espadaña Monasterio de Buenafuente

llos de noche entonan una monodía asonante. El garrido del zorro, el lamento del búho y de la lechuza, impresionan en la soledad nocturna. En dos épocas del año cruzan las grullas, y emiten su canto, mientras avanzan en forma de V. En la travesía de los pueblos rurales, aún es posible oír las aves de corral, y el gemido de la paloma.

Y surge el poema:

RUISEÑOR

No quiero inventarme los versos del poema para decirme a mí mismo las voces que deseo.

Es mejor el desierto, la noche, el hielo, que el rumor subjetivo de arrullo sin presencia.

Nada tengo, ni me afano por la experiencia de luces especiales para contar a quienes en ellas cifran la certeza de la vereda.

Tan sólo sé decirte de un ruiseñor que esta mañana persiguió mis pasos, y, en un momento,

los dos hicimos intercambio de silbos y requiebros.

No sé por qué razón tembló mi cuerpo, emocionado, con la respuesta del ruiseñor en la chopera.

Sólo sé que en mi camino solitario, me encontré sonido no inventado, suficiente señal de no estar solo.

Junto al sonido de la fauna, extasía la cadencia del agua, en fuente o cascada, que como mantra meditativo o apotegma del desierto llega a relajar la mente de todo pensamiento inútil. También es posible escuchar el volteo o tañido de las campanas de las espadañas y de las torres de las iglesias parroquiales, y el aviso de la llegada del panadero.

Si se abren los ojos, se inundarán de la belleza de la variedad de especies vegetales, o de la visión de horizontes al alba plateada, o en crepúsculos morados, rojizos, naranjas. Poder echar la vista más allá, bajo el cielo raso, o el firmamento en noche de luna nueva, es un privilegio para quienes, por la polución lumínica de las ciudades, no pueden nunca ver el titilar de las estrellas. Estampas de perfiles rocosos que dejan intuir esculturas atrevidas, campos labrados, de color mazarrón, ocre y siena, y en primavera, extensos mantos de trigos verdeales, que poco a poco prestan a los campos el oro de la mies madura. Cabe contemplar, en el invierno, el contraste del bosque nevado, entre verde y blanco. Cada tiempo ofrece un cromatismo diferente que embelesa. En el otoño el color oro de los álamos, el cobre de los robles, el verde de los pinos, el rojo de los cerezos. Si se observa el microcosmos de las pequeñas florecillas esparcidas por los caminos, se verá desde la vara del gamón, a la flor de la jara y del espino, el lirio junto al fresquedal, el amarillo de la aliaga en la estepa; el romero en el valle, y en la altura la flor del tomillo.

Si lo que se ve y se oye en los parajes extremos de la Provincia de Guadalajara, que lindan con Teruel y con Cuenca, sería suficiente para atraer los pasos del visitante, a quien se introduzca por las diversas



Colores de otoño

rutas fluviales del Señorío le embargará la fragancia de mil olores. Esta tierra conserva el aroma de la flor silvestre. El tomillo, la ajedrea, el espliego, la mejorana, el cantueso, el hinojo, la manzanilla, el té de roca, la menta, la flor del espino, el romero, según las épocas remecan el ambiente y embriagan al caminante. El olor a tierra húmeda, a mies madura, a campos segados, a heno despierta en el estío la memoria labriega. Cuando tomas una rama de enebro, de sabina, la espiga del espliego florecido y las frotas con las manos, te dejan impregnado de buen olor. El pinar en primavera extiende sus esporas y en lo recio del calor, la resina y las cortezas de los árboles despiden intensa fragancia, que según haya sido la infancia pueden traer al recuerdo tiempos de acampada, de itinerancia peregrina.

El tacto es el sentido corporal más extenso, toda la piel se convierte en sensor del frío y del calor, de la humedad y del viento, del impacto de la lluvia y del hielo, pero son las manos las que posibilitan tomar la tierra, el barro, la piedra, el agua. La tez

curtida de los hombres del campo, el rostro moreno, terso y enjuto, dan fisonomía a las gentes nobles que aún pueblan las pequeñas aldeas. Siete mil habitantes para noventa núcleos, y la mitad de ellos en Molina de Aragón, son la población recia que soporta una franja de más de sesenta grados de diferencia, entre los 25 bajo cero en el crudo invierno, y los 35 positivos en el estío. Palpar la naturaleza es una experiencia afectiva. El roce de la zarza, de la aliaja o del espino, del abrojo o del cardo deja siempre señal identificadora.

No es esta tierra rica en frutales. Sin embargo, siempre es posible encontrar todavía algún huerto junto a los poblados. El manzano resiste más el frío, la ciruela, la nuez, la cereza, según los años y las heladas, llegan a colmo. El pastor conoce bien la zarzamora, la endrina, el troncho de zarza o el pámpano de la parra. En los ribazos de huertos antiguos aún quedan vestigios de árboles añosos que en las vegas siguen dando frutos sazonados con olor a reineta, a ciruela claudia, a membrillo. Son sobre todo los gustos de la matan-



Flores silvestres

za del cerdo los que mejor se mantienen, por los fríos que secan los chorizos, morcillas, lomos y jamones. También cabe, en las tierras altas, saborear la caza. Cada vez más el venado y el jabalí son piezas de trofeo y de merienda.

Tierras altas del Señorío, tierras desiertas y esteparias, tierras frondosas y regadas. Tierras vivas y habitadas, invitación a

no pasar de largo, porque exigen que se las ande con pies de peregrinos, con ojos contemplativos, manos artesanas, fino olfato y gusto exquisito. No es para multitudes el espectáculo, sino para privilegiados.



Merienda en el campo